

La Velada de Letran en el Opera House

El secular Colegio de Letrán, cuyo tricentenario viene celebrándose con verdadero esplendor y copia de festejos, culminó anoche en una gran velada lírico-teatral, que hizo afluir al «Opera House» la flor y nata de la sociedad manileña. Pocas veces se habrá visto el viejo coliseo tan concurrido, y menos aún engalanado como lo estaba ayer. En la parte más visible, sobre el escenario, una suerte de bombillas rojas y gualdas figurando dos fechas y un nombre: 1630 LETRAN 1930. En el antepecho de los palcos, los mismos colores en vistosas colgaduras, y en el presidencial, ocupado por Mons. Hachang, obispo de Calbayog, y P. P. Dominico y de otras Corporaciones, las banderas americana, española y filipina. El aspecto del teatro, en conjunto, deslumbrador. ¿El público? En él estaban representadas todas las fuerzas vivas de la ciudad, el comercio, la banca, la legislatura, el periodismo; y su mejor ornato: un mujerío imposible de describir con la palabra y que nos traía a las mentes, por su belleza y la variedad de sus atavíos, la magia natural e inimitable del arco iris. ¿La función? Esta requiere punto y aparte.

Dió principio con la inspirada sinfonía «Filipinas», del maestro Estella, ejecutada a maravilla por la Orquesta Sinfónica de la Constabularia y dirigida por su autor, que fué aplaudido.

Vino después el «Homenaje a Letrán», a cargo del Hon. José O. Vera, Senador por el sexto distrito. Con afluencia de palabra y dicción clara y sonora, el orador puso de relieve la magnífica ejecutoria del Colegio de Letrán durante sus tres siglos de existencia, su significación en la cultura del pueblo filipino y la gratitud que éste le debe, extensiva a la nación española bajo cuya bandera y auspicios se fundó dicho Colegio.

A continuación, el coro de la Manila Chamber Music Society, con la Orquesta de la Constabularia, dirigida por el maestro Abdón, cantó el *Tuba Mirum*, de Verdi, cosechando sinceros aplausos por lo bien concertado de las voces e instrumentación.

Muy luego, se alzó el telón, y la Srta. Celia Canseco y el Sr. Jesús Urbina, deleitaron a la concurrencia, representando «La flor en el libro», de los hermanos Quintero. Este bonito paso de comedia, es, como dicen los cubanos, una lindura, y no podía menos de gustar; pero si gustó no fué sólo por el ingenio de los famosos comediógrafos andaluces, sino también por lo bien que entrambos jóvenes supieron encarnar sus personajes, Pascual y Pascuala, matrimonio desavenido que, a vuelta de trifulcas, viene a resol-

verse al final en un armisticio sentimental conmovedor.

Terminó la primera parte del programa con un bonito pasodoble del maestro Hernández, e iniciada la segunda con la continuación de la sinfonía «Filipinas», representóse otra obra teatral en un acto, la linda comedia de Martínez Sierra «Cada uno su vida», que al igual que la anterior, y tal vez más por la trascendencia del asunto, nos proporcionó un rato agradabilísimo. Fué interpretada por los Sres. Rafael Lalana, Juan Achaval, Aurelio Mendieta y las Srtas. María Crame, Rita Kelly y Conchita Pérez Tuels, quienes, si no estuvieron del todo a la altura de su papel, cosa difícil no siendo profesionales de las tablas, supieron al menos sugerir todo cuanto el autor más exigente pudiera desear para sus comedias.

Pasando por alto los números musicales que siguieron, complemento de los anteriores, réstanos decir que la tercera y última parte del programa fué un derroche de buen gusto, donde las nueve hijas de Mnemósine, vulgo musas, y algunas más que no mientan las crónicas, se concertaron para deslumbrarnos con sus hechizos de musas de carne y hueso, las mejores según Rubén, Anacreonte y este cura. La entrada triunfal de la Princesa de la Instrucción con su corte femenina, precedida por los cadetes del Colegio, las ceremonias de exaltación al trono y de la coronación, y la apoteosis final, fueron cosas de ésas que se ven solamente en las estampas bíblicas y que le hacen a uno envidiar a Booz cuando conoció a Ruth, la moabita. No intentaré, pues, describirlas, y me limitaré a decir que la Srta. Elisa Gutierrez leyó, actuando de Musa de la Poesía, una ídem de Balmori, escrita para la ocasión. Que el mismo Balmori obtuvo el premio en el concurso poético y que declamó la poesía premiada, con el lirismo peculiar en él e interrumpido constantemente por nuestros admirativos aplausos. Que el Sr. Gutierrez Répide actuó de presentador y que, entre otras muchas cosas que siento no haber retenido en mi flaca memoria, terminó la velada con el Himno a Letrán premiado en el concurso, dirigido por su autor el Sr. R. F. Alberto.

En resumen, y para terminar, fué la de ayer una velada que honra a sus organizadores y pone el pabellón de Letrán donde se merece y donde habrá de erigirse eternamente mientras el amor a la cultura sepa contar por siglos en Filipinas la existencia de sus colegios.

ALCIBIADES.

Manila, 19 de Diciembre de 1930